

LA ARQUITECTURA MUDEJAR EN ARAGON. LAS IGLESIAS DE DAROCA *

La arquitectura mudéjar aragonesa difiere radicalmente de la de las restantes regiones españolas —Castilla, Andalucía— por las que se extendió en la Edad Media tan castiza modalidad artística. Lampérez, a pesar de ser aragonés, la dedicó poca atención en su monumental obra sobre la arquitectura cristiana española ¹. Escasos son los estudios posteriores merecedores de recuerdo.

Un artículo de López Landa sobre *Las iglesias góticomudéjares del arcedianado de Calatayud* ², reveló un aspecto totalmente desconocido de la arquitectura medieval aragonesa. Desde entonces ha sido cantera explotada por todos los que escribieron sobre el tema. En 1935 apareció en las páginas de la revista «Al-Andalus» un trabajo de D. José María Sanz titulado *Alarifes moros aragoneses*, abundante en interesantes noticias documentales ³. Iníiguez, poco después, describió las *Torres mudéjares aragonesas* ⁴. Y, finalmente, el autor de estas páginas ha escrito en fecha reciente unas notas, muy breves por la índole de la publicación en la que figuran, acerca de *Las iglesias góticomudéjares de Aragón, Los cimborrios y Las torres mudéjares aragonesas* ⁵.

¹ Vicente Lampérez y Romea: *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media*. II (Madrid, 1902), págs. 594-598.

² «Arquitectura», V, págs. 125-134. Madrid, 1923.

³ «Al-Andalus», III, págs. 63-87. Madrid, 1935.

⁴ «Arch. Esp. de Arte y Arq.», XIII, págs. 173-189. Madrid, 1937.

⁵ Leopoldo Torres Balbás: *Arte almohade, arte nazarí, arte mudéjar*. «Ars Hispaniae», IV (Madrid, 1949), págs. 273-283.

* Publicado en *Archivo Español de Arte*, n.º 99, julio-septiembre de 1952.

En contraste con la poca atención prestada a sus monumentos, los archivos del antiguo reino fueron explotados en el aspecto de la historia artística como los de pocas comarcas españolas. Abizanda, Serrano y Sanz y Galindo han publicado abundante documentación de los siglos xv y xvi referente a obras de arte mudéjar o en las que intervinieron moros. No se limitaban éstos a levantar construcciones civiles y militares; su intervención en las religiosas fué capital, como se verá en las páginas siguientes, y no sólo en las de estilo mudéjar, en las que siempre es de sospechar su actuación. Edificaron también otras de arte puramente occidental, gótico, primero; renacimiento, más tarde.

Así, Mahomat de Bellico, moro vecino de Zaragoza, obró en 1354 la capilla gótica de la Trinidad, en el hoy asolado monasterio de Sijena, fundada por la condesa lusitana de Barcelos ⁶. El moro de Zaragoza Ismael Allobar u Ollobar contrató con doña Isabel de Luna, viuda de D. Pedro de Aragón, en 1502, la construcción de una capilla en la claustra de la iglesia del Pilar de esa ciudad, de arte gótico, según se deduce de las condiciones, con *cruzeros* (bóveda de nervios) *de cinco clabes y copada de foxas* ⁷.

Dúctiles los moros, cultivaban todos los estilos. Atentos a las novedades, pocos años después comenzaron a labrar *al romano*, conforme a la moda exigida por la clientela ⁸.

En 1516 contrataba el maestro Audalla de Galí una importante obra en la capilla de Almazán, del templo del Pilar de Zaragoza. El arco grande, de salida a la claustra, había de ser *«del romano por dentro y fuera los campos que haze hasta la cruzería»*; en los dos arcos empezados labraríanse *«sus copadas de follajes los campos fasta la cruzería, llenos de maçonería al romano... En la portada principal de la capilla, a la parte de*

⁶ Arch. de Sigena, según cita en *Adiciones al Dicc. hist. de los más ilustres profesores...*, por el Conde de la Viñaza. I (Madrid, 1889), pág. 93.

⁷ Manuel Abizanda y Broto: *Documentos para la historia artística y literaria de Aragón*, siglo xvi, I (Zaragoza, 1915), págs. 178-179.

⁸ Tal vez fuesen moriscos, es decir, moros conversos, Juan y Luis de Janet Martín, vecinos de Toledo, que en 1514 contrataban unas bóvedas para el coro nuevo de Santa Engracia de Zaragoza, *de cruzeros de aljez* (yeso), y varias capillas laterales en las que *«el reble que quedara baya laurado de romano o de morisco, como el Sr. Prior mandase»*.

*fuera, que se desfaga la copada que está fecha de follage y hazer una copada del romano»*⁹.

El mazonero moro Mahoma de Ceuta, vecino de Zaragoza, firmaba en 1518 un contrato para la construcción de la portada de la capilla de los Conchillos en la Magdalena de Tarazona, comprometiéndose a labrarla «*de obra romana conforme la muestra que dió..., y en el arco al principio, tiene de hazer una obra que cuelgue para abaxo... no ha de ser obligado el dicho maestro hazer imaginería alguna por quanto no es de su arte sino solamente maçonería al romano*». Mahoma de Ceuta juró cumplir estas condiciones por *Bille ille Alla*¹⁰ (*la ilah illa Allah*; no hay Dios sino Allah).

Cuando estos moros, mudéjares aún, abandonando su arte tradicional labraban *al romano*, conforme a los gustos del medio y de la época, se reunían con ellos y con otros cristianos en Zaragoza artistas de toda Europa: escultores como Mateo Cambray, Esteban de Obraj, Juan Ricart, Juan de Landernain y Felipe de Borgoña; imagineros como Guillaume de Bolduch y Paulo de Elberember; rejeros como Hugo de Arras y Guillén de Turena; bordadores como Juan de Leide y Pedro de Bruxelles...¹¹.

Creo útil reunir los datos dispersos acerca de la arquitectura mudéjar en Aragón, aportar algunos nuevos, plantear problemas y desbrozar, en suma, caminos por los que otros puedan penetrar a fondo el día de mañana analizando con mayor detención los monumentos conservados. Antes de iniciar el estudio de las obras arquitectónicas, convendría decir hasta qué punto la vida aragonesa estaba impregnada de mudejarismo, pues sin conocer el medio social no podrá entenderse cumplidamente el desarrollo artístico, consecuencia suya. La índole de esta Revista me obliga a reservar para otro lugar y distinta ocasión esas páginas preliminares.

En las siguientes no se encontrará, a causa del carácter del arte mudéjar y de la índole de su proceso de formación y desarrollo, una evolución seguida, sino tan sólo manifestaciones esporádicas e independientes. Dos son las causas; una, la desaparición de gran número de edificios, por

⁹ Abizanda: *Documentos para la historia*, II (Zaragoza, 1917), págs. 180-181.

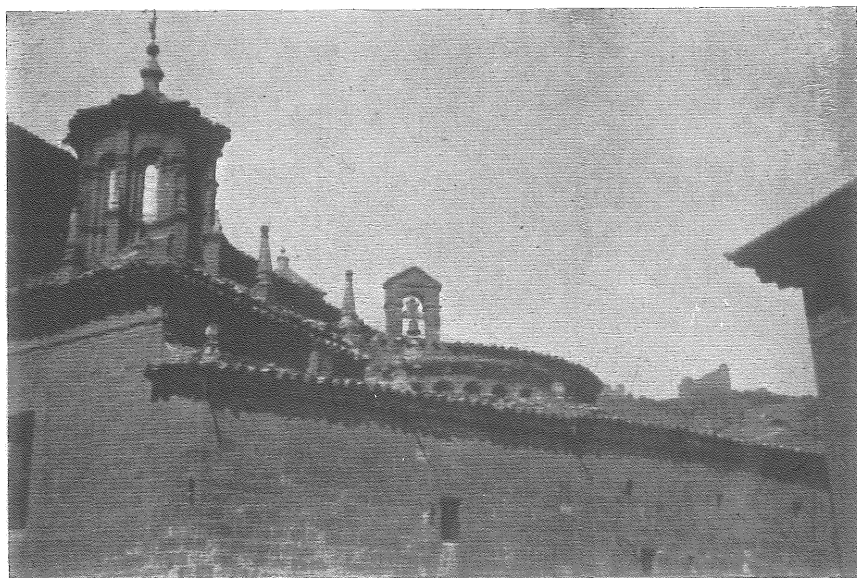
¹⁰ *Ibidem*, págs. 219-220.

¹¹ *Ibidem*, pág. XI.

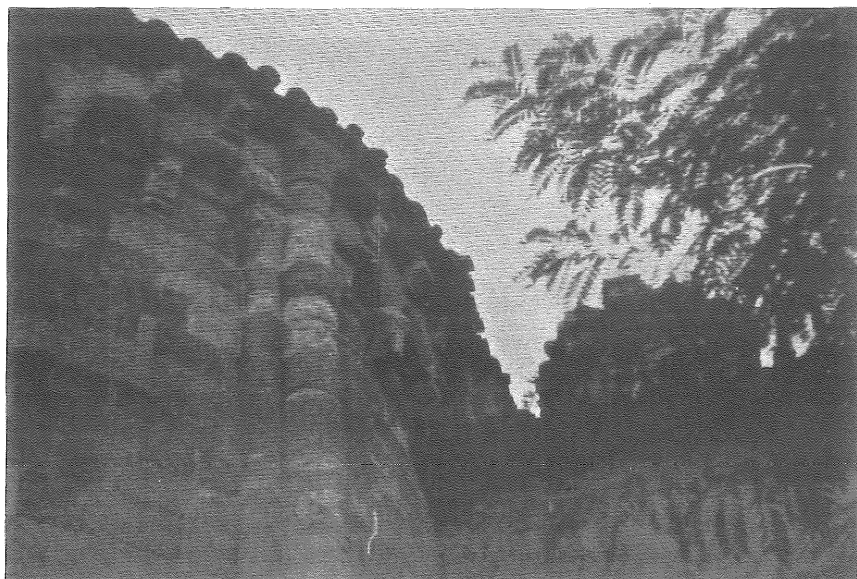
lo que los subsistentes surgen como hitos aislados, muchas veces huérfanos de antecedentes y consecuencias. La otra depende de no ser el mudéjar arte de un pueblo, sino de agrupaciones que, dentro de la sociedad cristiana, cultivaban técnicas islámicas tradicionales, aisladas de las corrientes artísticas de que procedían, sin posibilidad de enriquecimiento y renovación por otras de la misma raíz. Sin contacto alguno con el arte de Oriente, lo mismo que con el que lanzaba sus últimos resplandores en la Granada nazarí, a los artistas y menestrales de las morerías aragonesas no les era posible más que repetir las formas tradicionales con idéntica técnica o dejarse absorber por el arte cristiano, que es lo ocurrido, según se vió antes, al alborear el Renacimiento en las tierras del Ebro. Sin embargo, el arte mudéjar tenía raíces tan profundas en Aragón que sobrevivió hasta bien entrado el siglo xvi y aún pueden buscarse sus últimas consecuencias en plena época barroca. Arte popular, perduraban sus esencias mientras desaparecían otros exóticos, apadrinados por gentes de elevado rango o destacada posición social, seguidores siempre de efímeras modas.

LAS IGLESIAS MUDÉJARES DE DAROCA

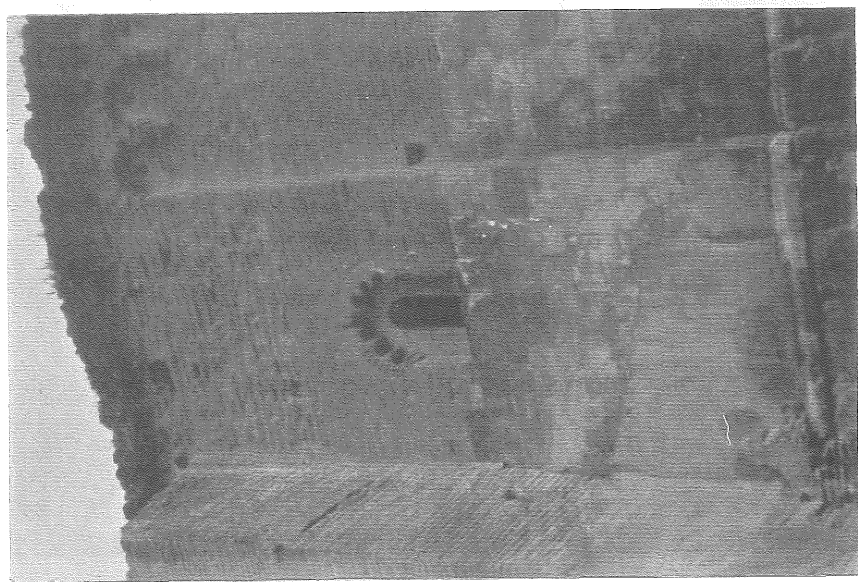
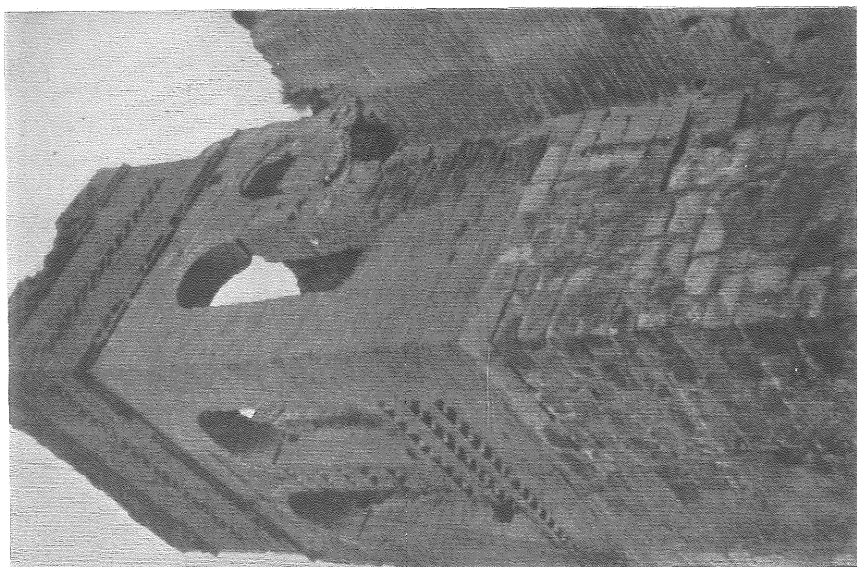
Con la toma de Toledo en 1085, Alfonso VI aseguró la Vieja Castilla tras la línea del Tajo, foso de la cordillera central. Algunos años más tarde, las conquistas de Zaragoza (1118), de Tudela (1119) y la victoria de Cutanda (1120) permitieron a Alfonso I de Aragón penetrar en los fértiles valles del Jalón y del Jiloca, adueñándose de Calatayud (1120), de Daroca (1121), de Medinaceli (1123 ó 1124) y de Molina (1128), entre otros lugares. Todas estas ciudades estaban en comarcas fronterizas con los reinos musulmanes, no aseguradas hacia el nordeste hasta las conquistas por Ramón Berenguer IV de Tortosa (1148), Lérida, Fraga y Mequinenza (1149), y hacia oriente, hasta la de Cuenca (1177) por Alfonso VIII de Castilla. Pero aun después de ésta siguieron los musulmanes en posesión de lugares próximos a Teruel: en Rubielos, hasta 1204; en Ademuz, a 50 kilómetros de aquella ciudad, hasta 1212; hasta 1223 en Linares; el castillo de Villel, a tres leguas de Teruel, su último refugio en Aragón, pasó a manos cristianas en 1232. Finalmente,



Daroca.—Iglesia de Santa María. Al fondo se ve la parte alta del primitivo presbiterio.



Daroca.—Abside de la iglesia de San Miguel.



Daroca.—Presbiterio y torre de la iglesia de San Juan.

la conquista de Valencia en 1238 por Jaime I aseguró definitivamente las comarcas del sur de Aragón contra las incursiones musulmanas. Parte de ellas eran también fronterizas con los dominios castellanos; las frecuentes luchas entre ambos reinos obligó a fortificarlas.

No se conservan las capitulaciones para la entrega de Calatayud y Daroca, las agrupaciones urbanas más importantes de esa comarca. Probablemente serían análogas a las otorgadas por su conquistador, Alfonso el Batallador, a Tudela: permanencia de los musulmanes durante algún tiempo en la ciudad y traslado después a un barrio extramuros, conservando religión, leyes, costumbres y autoridades.

Evacuado el recinto murado, las mezquitas, consagradas, pasaron a ser templos cristianos hasta que el aumento de población y la mejoría económica impusiesen la renovación de esos edificios, de acuerdo con las necesidades y gustos de los conquistadores.

Ningún resto de construcción musulmana, salvo, tal vez, parte de sus interesantes fortificaciones, no estudiadas, guardan Calatayud y Daroca. También han desaparecido de la primera, a causa de guerras y reedificaciones, todos los templos anteriores al siglo xvi.

Daroca, en cambio, poblada en 1143¹², conserva todavía, a pesar del bárbaro derribo de otras varias, algunas iglesias románicas más o menos mutiladas, jalones valiosísimos para el estudio de ese arte en el Bajo Aragón. Trece parroquias tuvo en el siglo xiii, de las que subsistían siete en el xviii. Hace años se derribaron las de Santiago, San Andrés y San Pedro, la última por presiones políticas de un cacique local. Los tres eran edificios mudéjares.

Dos ábsides de iglesias románicas conserva Daroca, semicirculares ambos: el de la antigua parroquia de Santa María —hoy colegiata—, visible tan sólo parcialmente por encima de construcciones posteriores adosadas y

¹² Documento de la era 1181 —año 1143— «*In illo anno quando Daroga fuit poblada*» (*Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del Valle del Ebro* [segunda serie], por José María Lacarra, apud *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, vol. III [Zaragoza, 1949], págs. 610-611). Lo que Daroca fuese poblada ese año significará un incremento en la restauración de la ciudad, pues varios documentos prueban su anterior existencia urbana. Entre 1130 y 1136, el obispo de Zaragoza don García acordó unas Constituciones para la iglesia de Santa María de Daroca (*Ibidem*, págs. 582-583). En 1154 Ramón Berenguer IV hizo franco a Ramón de Enbredún y al hermano e hijos de éste por haber edificado la capilla real de San Lorenzo de Daroca (*Ibidem*, págs. 630-631).

el de la iglesia de San Miguel (lám. I). Coinciden en tener bajo su cornisa de piedra, apeada en modillones, una serie de arquillos ciegos, volados también sobre ménsulas. Los constructores de estos templos procederían del norte de Aragón y Cataluña, donde hay cornisas parecidas: (San Martín de Uncastillo [Zaragoza]; ermita de La Puebla de Castro [Huesca]; iglesia de Bosoñt [Lérida], en el valle de Arán, etc. Disposición

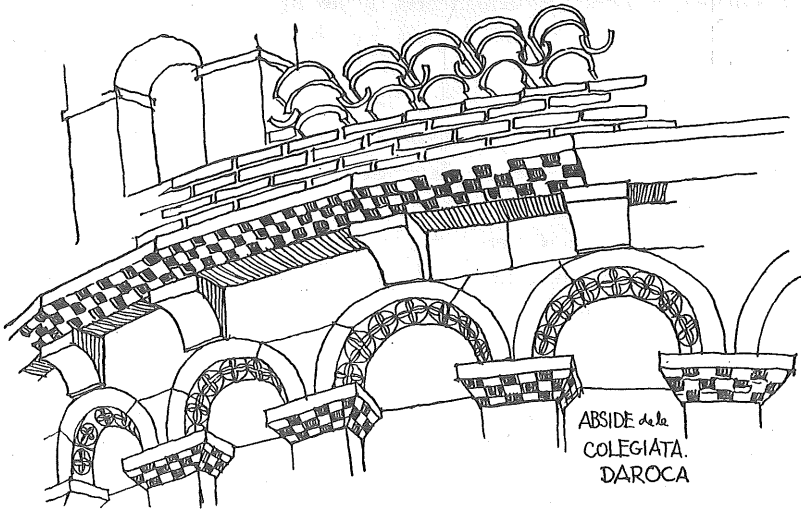


FIG. 1.—Cornisa de la iglesia de Santa María. Daroca.

semejante se ve en el ábside de la iglesia de Vallejo de Mena [Burgos]). Posteriores a las cornisas darocanas y consecuencia de ellas serán las de las iglesias de Bordecorex y Caltojar, entre otras, en tierras de Soria. Si en su organización general se asemejan las de ambos templos de Daroca, varían en el detalle y la decoración. En la de Santa María los modillones lisos perfilados en nacela sostienen una cornisa chaflanada que decora un ajedrezado; los arquillos ciegos bajo ella ostentan flores cuadrifolias dentro de círculos y se apean en unas pilastrillas rectangulares, cuya terminación ocultan las construcciones adosadas (fig. 1).

La iglesia de San Miguel es de planta cruciforme. Bóvedas de cañón agudo cubren los brazos de su crucero, en cuyo tramo central se levanta

una linterna de ladrillo del siglo xvii o xviii. La bóveda de la nave es de lunetos, obra también posterior a la construcción del templo. Corona el ábside una cornisa (fig. 2) más rica y original que la de Santa María. Columnas empotradas y entre ellas modillones de cuatro lóbulos lisos reciben el vuelo; su perfil dibuja un listel y una nacela. Bajo ella, arquillos ciegos des-

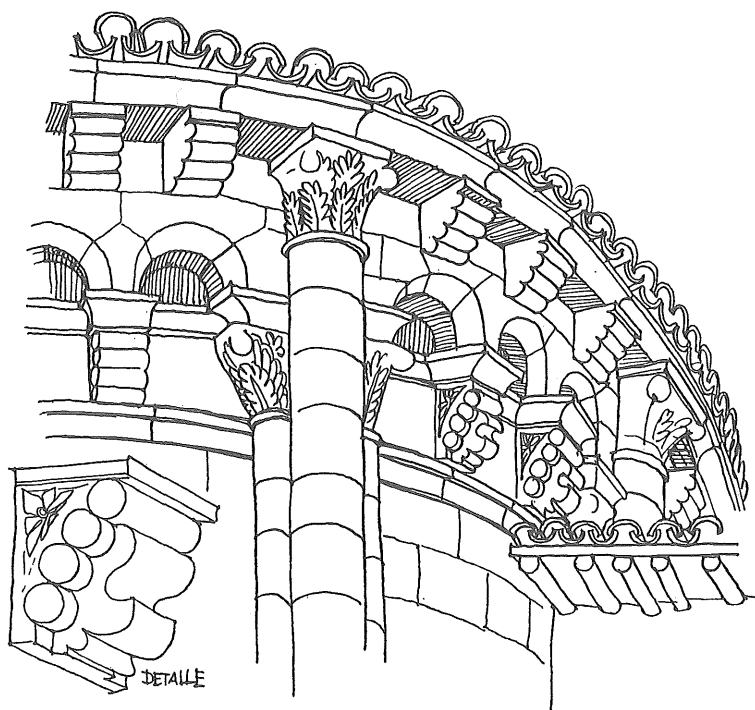


FIG. 2.—Cornisa de la iglesia de San Miguel. Daroca.

cansan, los extremos de cada tramo en columnas adosadas al tambor, y los intermedios en modillones, también de cuatro rollos o cilindros horizontales y tangentes, con ornamentación vegetal labrada a bisel en sus costados; de algunos sobresale una aleta central cuyo frente se recorta según curvas cóncavas y convexas. Los maestros románicos que labraron las cornisas de estos ábsides debieron de inspirarse para los modillones en los de construcciones islámicas. Semejantes los hubo en la mezquita principal

de Tudela, aprovechados algo antes de 1200 en la cornisa de la cabecera de la iglesia mayor; posteriormente, en las de las naves se pusieron otros lisos, inspirados en los del oratorio islámico¹³. En una de las ventanas románicas de San Miguel se conserva un resto de celosía de yeso dibu-

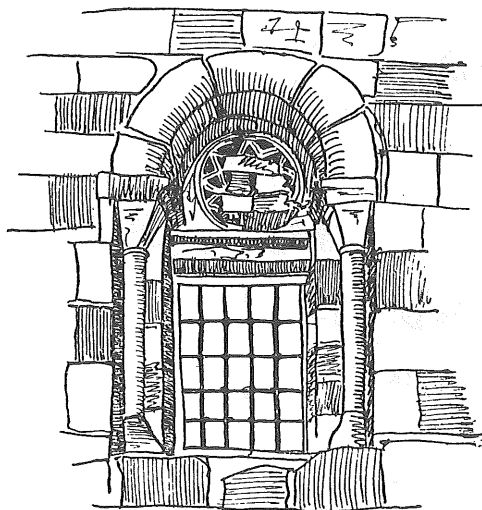


FIG. 3.—Ventana en la Iglesia de San Miguel. Daroca.

jando una estrella dentro de una circunferencia (figs. 3 y 4). En piedra y con formas románicas comenzó el ábside semicircular de la modesta iglesia de San Juan, ruinosa hoy y condenada a pronta desaparición. Pero antes de llegar a media altura, a los canteros cristianos sustituirían albañiles moros que terminaron la obra con ladrillo. Sobre los fustes de las columnas adosadas

¹³ Manuel Gómez-Moreno: *La Mezquita mayor de Tudela (Príncipe de Viana)*, VI (Pamplona, 1945), págs. 9-27, y *El arte árabe español hasta los almohades, Arte mozárabe*, «Ars Hispaniae», III (Madrid, 1951), págs. 59-62. Los modillones de lóbulos de Tudela y de San Miguel de Daroca llenan algunas lagunas de la serie de los de esa forma por mí estudiados hace años y explican su paso al románico francés (Leopoldo Torres Balbás, *Los modillones de lóbulos: Ensayo de análisis de la evolución de una forma arquitectónica a través de dieciséis siglos*, apud. «Arch. Esp. de Arte y Arqueología», XII, 1936, págs. 1-62 y 113-149). De Daroca pasarían los modillones de lóbulos al monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, a las iglesias de Almazán, a la catedral de Sigüenza, etc.

al medio tambor levántanse pilastras de ese mismo material, con el que, en lo alto, se copiaron los arquillos de la cornisa del ábside de San Miguel. En el semicilindro de la cornisa del presbiterio y en los muros rectos que le prolongan, se abren tres ventanas de arco agudo, guarnecidas por otros ciegos, sin enjarjar, de siete lóbulos cada uno. Con el que hay en la iglesia de San Miguel de los Navarros, de Zaragoza, son tal vez los únicos lobulados de Aragón, aparte de los islámicos del siglo XI de la Al-

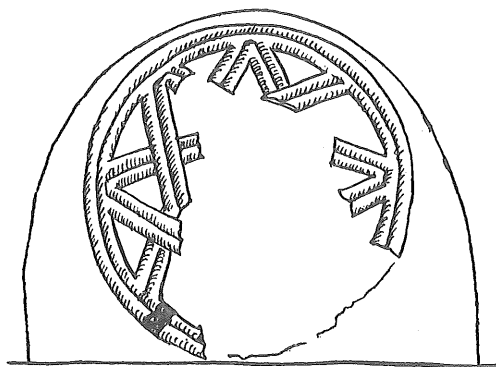


FIG. 4.—Restos de celosía de yeso en una ventana de la iglesia de San Miguel. Daroca.

jaería. La torre del templo, de planta cuadrada, tiene también fábrica de sillería lisa en su parte baja, y el resto de ladrillo, sin más decoración que unas fajas de esquinillas. En cada uno de sus frentes ábrense dos arcos de medio punto para las campanas (lám. IV y fig. 5).

Más monumental es el esbelto campanario de la iglesia de Santo Domingo de Silos, cuadrado asimismo en planta (lám. IV). Su parte inferior es de piedra y el resto de ladrillo entre esquinales de sillares. Lo corona una cornisa con modillones de piedra, bajo la cual se ven los consabidos arquillos ciegos, entre pilastras ligeramente resaltadas que dividen cada frente en tres zonas verticales y descansan sobre fustes de piedra del mismo material empotrados en la parte inferior de la torre. Los arquillos son de ladrillo, apeados los intermedios en modillones pétreos de rollos. También aquí, en la disposición de la cornisa y en las fajas verticales, la inspiración en el ábside de San Miguel, o en otro parecido, es bien patente. Pero aún

luce esta bella torre otros elementos que acrecientan su interés. Bajo los modillones de la cornisa, entre ellos y la faja de arquillos, se empotraron en el muro platos de cerámica verde vidriada. En la zona central de cada frente se abre una ventana gemela, dividida por una columna de piedra. Cierran ambos huecos por la parte alta ladrillos escalonados, en voladizo. Sobre ellos, con el mismo material, dispuesto en dos planos, se hicieron unas sen-

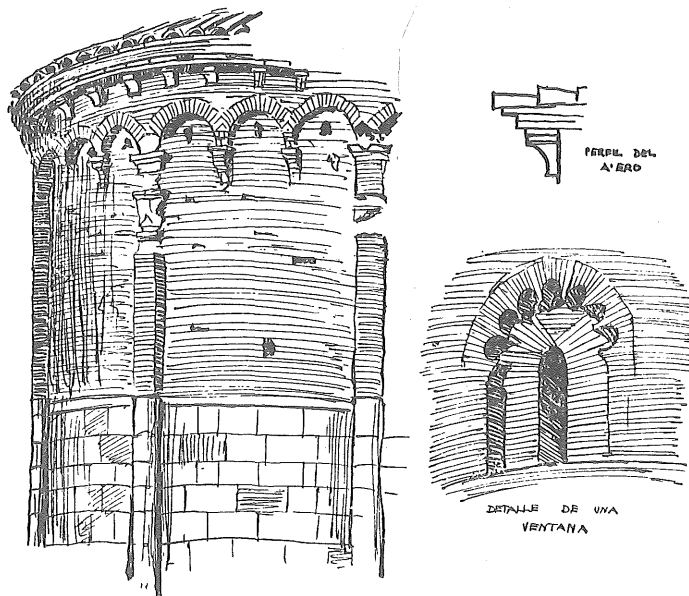


FIG. 5.—Abside de la iglesia de San Juan. Daroca.

cillas labores geométricas, rematadas en lo alto en dos arcos ciegos de tres lóbulos. En la parte superior de la torre hay dos vanos de arco semicircular por frente, para las campanas, y sobre ellos otros dos pequeños, disposición que recuerda la de muchas puertas y ventanas de la Alhambra de Granada, del siglo XIV (fig. 6).

El ábside de San Miguel, cuyas columnas tienen capiteles de flora de escaso relieve y bolas en los ángulos, levantaríase en el último cuarto del siglo XII. Ya se dijo cómo los canteros románicos que edificaron ese presbiterio se inspirarían en los modillones de alguna construcción islámica

—de la misma Daroca, de Tudela o de otro lugar de Aragón— para labrar los de su cornisa. La historia de la arquitectura, se ha dicho acertadamente, es una serie de préstamos; los maestros medievales tenían cuadernos de croquis, como el conocido de Villard d'Honnecourt, del si-

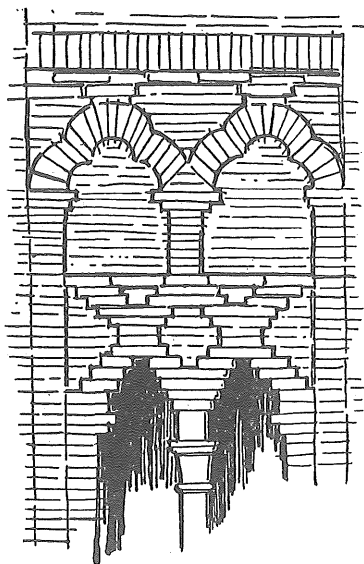


FIG. 6.—Ventana de la torre de la iglesia de Santo Domingo de Silos. Daroca.

glo XIII, pero su principal fuente de inspiración eran los edificios que veían a su alrededor.

Canteros románicos también dieron comienzo a otras dos iglesias parroquiales —abundaban en nuestras ciudades medievales las de reducido tamaño y corta feligresía—, las de San Juan y Santo Domingo. Pero por el excesivo coste de los operarios forasteros y del material de construcción, cuando el ábside de la primera y la torre de Santo Domingo no habían llegado a la mitad de su altura debieron de sustituirlos albañiles de la morería de Daroca, ganadores de más reducido jornal, que prosiguieron construyendo los templos con material económico, como es el ladrillo. Con éste imitaron hábilmente la rica y bien decorada cornisa de piedra del ábside de San Miguel. El de San Juan se concluiría en la primera mitad del

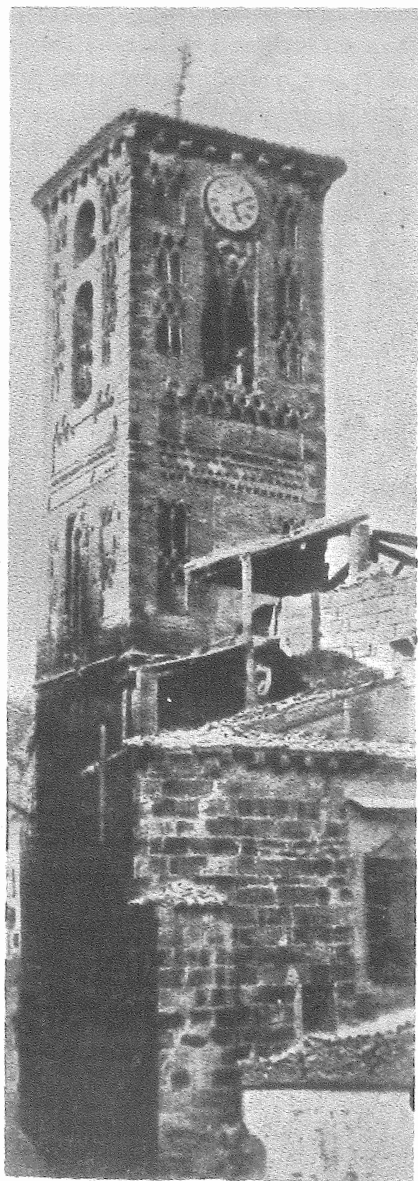
siglo XIII y tal vez sea la obra más vieja de arquitectura mudéjar en Aragón. La torre de Santo Domingo parece algo posterior, pues debió de terminarse después del ábside inmediato, cuya parte baja es de planta semicircular, de trazado románico, sobre la que se levanta otra poligonal con columnas adosadas de toscos capiteles de flora gótica.

Gran pérdida para el aspecto monumental de Daroca y la arquitectura aragonesa fué el derribo de la torre de la iglesia de Santiago, que don José María Quadrado alcanzó a ver y describe con lamentable concisión. De la octógona de San Pedro, demolida ya entonces, dice sobrepujaba a las restantes. La de Santiago era campanario de un templo *«antiquísimo, en cuyo desierto interior se carcomen los primitivos retablos, cuyo portal revisten en degradación toscos arcos de herradura, y cuyos dos ábsides gemelos muestran otras tantas ventanas de las que usurpaban la forma arábiga en las construcciones bizantinas»*¹⁴.

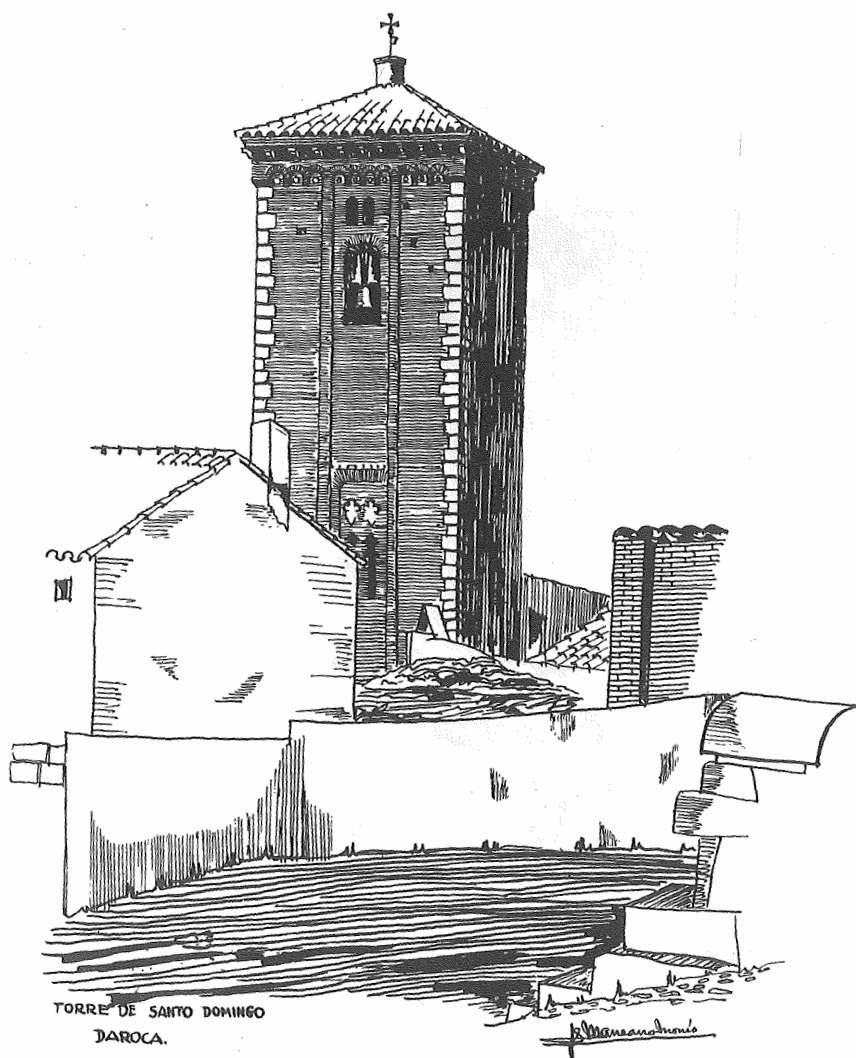
Una vieja fotografía (lám. III) permite formarse idea de los dos cuerpos superiores de esa torre de la iglesia de Santiago. Eran de ladrillo, con esquinales de sillería, como la de Santo Domingo, y cornisa de modillones de rollos o cilindros lisos, al parecer también de piedra. Separaban los dos cuerpos fajas horizontales de esquinillas, ladrillos inclinados formando ángulos y pequeños arcos ciegos. Carecían estos últimos de fustes; probablemente los tuvieron de barro vidriado, material del que son los platos que decoraban sus albanegas. Cada uno de los cuerpos dividíase en tres zonas verticales, como la Giralda de Sevilla. En las centrales se abrían ventanas grandes, dispuestas algunas, en el cuerpo superior, para las campanas. Decoraban las zonas laterales arquillos gemelos ciegos dentro de recuadros superpuestos, prolongados por arriba para formar la conocida decoración almohade de rombos, que también se extendía por la parte superior de algunas de las ventanas gemelas de la zona central.

Esta torre de la iglesia de Santiago de Daroca era tal vez la más vieja de las mudéjares de Aragón, anterior a la de la catedral de Teruel, descrita más adelante. Algunos de sus elementos decorativos, como las arquerías ciegas, su prolongación para formar labores de rombos y la cerá-

¹⁴ España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia, Aragón, por José María Quadrado (Barcelona, 1886), pág. 594. La primera edición de esta obra se publicó el año 1844.



Daroca.—Torre desaparecida de la iglesia
de Santiago.



Daroca.—Torre de la iglesia de Santo Domingo.

mica vidriada es posible que procedieran de alminares aragoneses o levantinos, de los que nada sabemos por su total desaparición.

No creo que se conserven en Aragón más restos de arquitectura mudéjar contemporáneos del desarrollo de la románica que éstos de Daroca. Escasas son también las huellas de la última al sur del Ebro. Puede explicarse por varias causas: la utilización durante bastantes años de las mezquitas para el culto cristiano; la destrucción de muchos templos en las guerras de Pedro I de Castilla y Pedro IV de Aragón en el siglo xiv, y el ser edificios, lo mismo los románicos de piedra que los mudéjares de ladrillo, muy modestos, sustituidos por otros más suntuosos al mejorar la economía de la región. Tal vez hayan contribuido todas esas causas a la existencia de tan corto número de templos anteriores al siglo xiv al sur del Ebro. A fines del xiii y en ese siglo, después de la conquista de Valencia por Jaime I (1238), acrecentáronse las villas antiguas de estas comarcas y formáronse nuevos poblados, causas de la construcción de abundantes templos parroquiales.

